
EL SENTIMIENTO LOCALISTA EN TRES CIUDADES DEL SUR

Emilio Romero

AL GLOSAR LA VIDA de estas ciudades¹ hay otro tema de sugestivo interés: el momento en que nace la idea de la patria. Pero antes de que germinara esta idea, precedió un sentimiento que es digno de estudiarlo, porque fué un sentimiento característico de estas ciudades y del que existen sugestivos ejemplos en las crónicas urbanas. Tal sentimiento es el localismo, de donde nació el primer sentimiento nacional. Pasados los primeros años de la conquista, nació un nuevo patriotismo, un sentimiento nuevo. Los nacidos en estas regiones, después del primer año de colonización, son ya hombres de América, son hombres nuevos, que han visto la luz en un paisaje distinto al paisaje materno. Estos hombres aman su paisaje y sienten como propias las glorias pasadas que tuvieron como escenario un nuevo cuadro de naturaleza. Los cuzqueños primeros sien-

¹ *Nota del editor:* Este texto reproduce un pasaje del libro *3 Ciudades del Perú* publicado en Lima en 1921, con el sello de la Imprenta Editorial Torres Aguirre. El libro, que el mismo Emilio Romero calificó como "un ensayo de geografía humana", tiene 120 páginas.

EMILIO ROMERO

ten la gloria de los Incas como si ellos mismos fueran indios. En el Cuzco nace el cuzqueñismo a los pocos años de la conquista.

Al fundarse Lima como capital del virreynato, amenguó el prestigio político de la fenecida capital del Tahuantinsuyo, pero la gloria de ese prestigio la adoptaron desde los primeros años de la conquista los habitantes del Cuzco. La lucha secular entre los conquistadores daba al Cuzco ese carácter codiciado y el Cuzco, al través de la vida colonial, mantiene todo su orgullo de capital de un imperio, aun bajo las nuevas formas políticas y religiosas y todas sus manifestaciones alcanzan relativa fastuosidad, que compite con las de la ciudad de los virreyes.

En Arequipa ocurre otro tanto. Despierta el sentimiento local a pocos años de establecida la urbe. Dice Antonio de Herrera: «Cuando Alfonso Palomino y don Alonso de Rivera fueron al Cuzco a representar a Vaca de Castro el agravio de las Nuevas Leyes de parte de la Ciudad de los Reyes, considerando que sería lo mismo que en las ciudades de arriba, envió a Tomás Vásquez con una carta de credencia suya a la ciudad de Arequipa y le ordenó que de su parte dijese que ni por la ejecución del Gobernador, ni por las Nuevas Leyes se alterasen, ni hubiera novedad, pues que el Rey admitiría la suplicación de ellas y que para ello enviaran procuradores a los Reyes. Halló Tomás Vásquez en la iglesia mucha parte de los vecinos y declaró su comisión y mostró un traslado de las ordenanzas: fué tan grande el movimiento de los ánimos de aquella gente, que lo decían era fuera de toda razón y con esta furia se tocó la campana, como si fueran recogéndolos para un hecho de guerra y un vecino, llamado Miguel Cornejo, con el traslado de las leyes y subió en el púlpito y en presencia de todo el pueblo porque todos habían acudido al toque de la campana, leyó las ordenanzas y en llegando a lo que decía que «por muerte de los encomenderos los repartimientos se viniesen a

EL SENTIMIENTO LOCALISTA

la corona real», dijo a grandes voces que tal no se había de consentir, sino perder la vida antes de verlo ejecutado.... Fué grande el ruido y el tumulto y todos eran suspiros, agravios y quejas y amenazas y sentimientos, y andaban como asombrados, discurriendo de una parte a otra, llamándose desdichados, etc. (Décadas VII. Lib. VII). Debe encontrarse ya desde esta fecha, no sólo un antecedente a las revoluciones de Arequipa, sino una manifestación del localismo que ya germinaba en las ciudades.

El año 1614 el Cabildo del Cuzco ordenó en acuerdo de 1º de setiembre que los escribanos hagan constar en los escritos e instrumentos: «En la gran ciudad del Cuzco, cabeza de los reinos del Perú...» y que de lo contrario sean castigados y multados.

Pero lo que nos da una idea más precisa del sentimiento localista que se desarrolla en el Perú a pocos años de la colonia, es el tumulto provocado por los frailes cuzqueños, cuando era Arzobispo de Lima Liñán y Cisneros. Se había resuelto que hubiera alternabilidad entre religiosos españoles y criollos cada cuatro años en los conventos. Los franciscanos del Cuzco se opusieron violentamente y eligieron por prelado de su convento a un hijo del Cuzco. Acusados de sedición, esos frailes fueron llevados a Lima, donde tramaron un nuevo complot que tomó proporciones graves. Hicieron fuego en la celda del P. Terán, español recién llegado de la Península, tocaron las campanas a rebato y alborotaron la población (julio de 1680) hasta que tuvo que proclamarse la ley marcial en la ciudad

El localismo, otra de las características, se manifestó en estas ciudades en forma intensa, de que dan prueba evidente los ejemplos históricos referidos. En el Cuzco, donde se asentaron nobles familias hispánicas, la primera generación de criollos ya fué cuzqueña de pura cepa. Sintieron todos la gloria del imperio y la rivalidad de la ciudad que había sido favorecida con el rango de capital. Los frailes cuzqueños no pudieron transigir con la imposi-

EMILIO ROMERO

ción de un elemento español, habiendo entre los hijos del Cuzco sacerdotes capacitados para desempeñar elevados cargos.

Este sentimiento localista es una de las más fuertes características raciales, como tenemos dicho, pues no es exclusiva del Cuzco. En la ciudad de Arequipa se desarrolló con igual o superior intensidad. Veamos lo que dice al respecto el P. Meléndez, citado tantas veces en este estudio. Dice de Arequipa que es «una de las mejores y de más comodidades del Perú, por su abundancia de todo lo necesario para la vida del hombre, cielo apacible, aire saludable y suavidad de su temple, aunque más perseguida que ninguna por los temblores de tierra y dos volcanes, que no se conocen otros en toda la tierra firme, que se nombra comunmente con el nombre de Perú. Algo había de tener lo delicioso de su país, que les dijese y avisase a sus moradores que son hombres y mortales, sujetándolos al miedo de la divina justicia, porque siendo aquella tierra como un recuerdo del paraíso terrestre no se le antojase alguna vez de querer ser como dioses, como a los hombres primeros de ese otro Paraíso». (Pág. nº 123. Cap. XIX. T. III. «Tesoros verdaderos de Indias». Fr. Juan de Meléndez).

Estas frases del cronista de los dominicos del Perú explican el carácter arequipeño. Un localismo, un amor al terruño y a todo lo que es de él, y una xenofobia exagerada, ha sido, como en el Cuzco, el carácter colonial. En Arequipa fué donde se protestó enérgicamente de las Nuevas Leyes y de donde Gonzalo Pizarro tomó energías para la primera guerra civil del Perú. En ella surgió el primer caudillo regional Miguel Cornejo, por quien sintió simpatía el famoso capitán Francisco de Carbajal.

En esta ciudad, como en la imperial, el amor al terruño era enérgico, intolerante y fuerte. Ese sentimiento netamente castellano estaba dentro de todos los espíritus. La historia de España nos proporciona ejemplos numerosos de ese sentimiento, que se acrecentó por las luchas

EL SENTIMIENTO LOCALISTA

con los árabes, que favoreció la situación geográfica y los accidentes naturales de la Península y que dió lugar a distinciones regionales marcadas y que aún hoy se aprecian hondamente en España. Los españoles venidos a establecerse en el Perú trajeron la savia de la raza. Por eso los cuzqueños, los arequipeños y los puneños, aunque se unían para sus grandes campañas, por instinto de conservación regional, eran en el fondo antagónicos y cada ciudad y sus términos no se miraban con la simpatía con que debían hacerlo, dejando murallas para el porvenir.

Los cuzqueños sentían la nostalgia de un imperio que no habían conocido y que había sido de otra raza, de la raza humillada. Los españoles de Arequipa, fruto de un medio geográfico especial, vivían plácidamente, aislada la ciudad por los desiertos, con inmensos volcanes por murallas y con un valle fecundo que abastece todas las necesidades de la ciudad, con una población reducida en esas épocas, que permitía gozar de una comodidad y riqueza de que existen numerosas pruebas en las crónicas.

En el Cuzco gozaban de igual aislamiento y de iguales riquezas. Los indios constituían un capital apreciable, pues eran admirables e incansables obreros, laboraban la tierra y pastoreaban los ganados. Rendían económicamente ingentes productos, que permitían abundancia y riqueza proverbial. Por eso en las grandes fiestas se veía volar monedas sobre las cabezas de las multitudes y gastar fortunas inmensas en festejos y buscar pretextos nimios para la diversión. Tenían estas ciudades un sentimiento hondo de amor propio y de exaltación de todo lo vernacular. De todo lo vernacular, no, sino de todo lo que habían llevado en la sangre desde el solar de la raza. De lo vernacular, no, pues sentían siempre un desprecio grande por todo lo que era indígena, sintiendo en cambio una inexplicable admiración por las grandezas del imperio, a cuyos legítimos herederos continuaban aniquilando.

En Puno, ese sentimiento localista se manifestó en las luchas entre los diversos bandos de la numerosa po-

EMILIO ROMERO

blación minera de Laicacota, hasta dar lugar a los sangrientos sucesos que determinaron el viaje del virrey Conde de Lemos al Collao.

Pero en Puno no había tradición, no había riquezas fáciles como en el Cuzco y en Arequipa, y los hombres se tornaron aislados, huraños. El localismo exagerado tuvo su más honda simiente en Arequipa y en el Cuzco.

No puede explicarse de otra manera, si no es por la pervivencia de este sentimiento de raza, nacido en el solar hispánico, la fisonomía peculiar que tienen estas ciudades apenas separadas por 50 leguas. Cada una de ellas, ensimismada en sus propias glorias, pretendiendo ser dioses, como lo decía Fr. Juan de Meléndez, de Arequipa. Enamorada de su pasado, a tal punto de amenazar con castigos a los que no pusieran en todo escrito constancia de su grandeza, se reconcentraron en sí mismas, reclamando cada una para sí la mayor suma de honra.

Puno en este aspecto no tuvo el ímpetu localista de las otras, porque no tenía gran población mestiza y su cultura estuvo desparramada. Una vez en Juli, otra en Chucuito, después en Puno. Los cambios que experimentó la vida urbana y las vicisitudes que conmovieron su historia, no permitieron el establecimiento perenne de un grupo de familias donde se creara tradición, historia, como en el Cuzco, como en Arequipa, cuya estabilidad en un mismo sitio creó raíz, creó tradición. En Puno, el centro de la actividad, de la cultura estuvo primero en Chucuito, después en Juli y últimamente en Puno. Y finalmente, las convulsiones indígenas violentas, sangrientas, devastadoras, lograron la despoblación de casi todas las urbes en formación. Puno estaba más lejos de todo control y no pudo formarse historia ni leyenda.

No pudo haber arraigo al suelo. El sentimiento de apego al terruño que existe en Puno no es español, sino indígena. En el Cuzco y en Arequipa es el localismo hispánico. En Arequipa más fuerte, y en el Cuzco influen-

EL SENTIMIENTO LOCALISTA

ciado por la sangre indígena. Otras veces se establecen tres grados, como en el sentimiento religioso en estas ciudades.

Ese sentimiento de localismo hondo está manifestado en su historia. No solamente en las primeras protestas que surgen de los frailes cuzqueños de los miembros del cabildo arequipeño, sino más tarde, por los conatos de revolución independiente, por las protestas que se incubaban en estas ciudades y de las que la historia jamás hace mención, por considerarlos tal vez hechos aislados, pero cuya importancia para bosquejar la fisonomía de estas ciudades es importante.

En la Memoria de un virrey están insertas las quejas del Gobernador de Arequipa, Baltasar de Zemanat, de los desórdenes y alborotos que hubo en Arequipa, próxima a estallar la sublevación de Túpac Amaru, el más grande movimiento indígena del Perú.

La savia de la raza, de aquella que defendió su tierra con amor admirable en la reconquista de la Península, germinaba en estas tierras del Perú. Los españoles y sus hijos fueron xenófobos, localistas, intolerantes. Para ellos el prestigio de su propia ciudad estaba por encima de todo. El Rey estaba bien lejos..., la urbe de los primeros ensueños y de las primeras emociones era el amor de estos antiguos luchadores encerrados entre sus montañas. Este sentimiento feudal, muy propio de todos los pueblos, fué, en lo que se refiere al sur del Perú, el precursor del sentimiento de patria. Durante el Virreynato de Teodoro de Croix fué extrañado del Cuzco y condenado a no volver jamás a su patria un fraile que, de puro amor al Cuzco, vituperó en un sermón el amor y la lealtad al soberano, reprendiendo a la tropa y empleando expresiones indecorosas.

Este sentimiento localista, intensificado por la falta de vías de comunicación, sin ríos navegables, sin medios geográficos que permitieran la comunicación entre unos y

EMILIO ROMERO

otros hombres, los aisló espléndidamente con un acendrado amor al terruño.

La patria nació así, por el amor al terruño, por el sentimiento del paisaje nativo... Pero si bien este sentimiento feudal, propio de aquella época, produjo un fruto favorable a la formación de la nacionalidad, produjo también un regionalismo en el sentimiento y en el arte, que debería producir años después, al correr de los sucesos políticos, los movimientos federalistas históricos.

Mientras llegaban esos días, estas ciudades se modelaban en su vida íntima, con su conjunto de leyendas, de poesía, de canciones y de caracteres... Sobre todo, se puede apreciar esto en la vida del verdadero pueblo, pues mientras las clases cultas continuaban fieles a su tradición española, y por lo mismo, fieles a todos los modelos peninsulares, en el pueblo germinaba el juego de la verdadera nacionalidad, el verdadero color local lleno de sugerencias.

Ese color local puede apreciarse en cada una de estas ciudades, como probablemente no se encontrarán en otras poblaciones del resto del Perú. El tipo de cada una de ellas es inconfundible, peculiar, sugerente. Y es que la naturaleza es excepcional. Como dice José Carlos Mariátegui, parece que la costa del Perú se constriñera, se replegara hacia el sur, para formar toda una región de sierras, dando mayor homegeneidad al sur del Perú y dando lugar al germen del regionalismo... Pero esa sierra no es como las demás... La región tiene paisajes diferentes... El valle próximo a las costas, rodeado de desiertos ardientes, que fecundan imaginaciones románticas, vehementes y luchadoras... El valle próximo a las selvas, que no tiene comunicación cercana al mar, y está encerrado entre elevadas montañas, que dan la fuerza de su poderío, y como testigos mudos de hazañosas gestas pretéritas, presta con su energía, un sentimiento de orgullo a sus pobladores, y el vasto altiplano donde se extienden las mesetas hasta los horizontes helados, donde la mirada sin reposo, al pro-

EL SENTIMIENTO LOCALISTA

longarse hasta más allá de los crepúsculos, torna a los seres melancólicos, reconcentrados y fuertes en sí mismos... Pero este sentimiento no surge por generación espontánea... Es preciso recordar los antecedentes raciales e históricos, pensar cómo fué España de localista, regionalista y aislada, y cómo esos españoles encontraron en el paisaje de Sud-Perú un medio apropiado para que aquellos sentimientos ancestrales germinaran, dando frutos dignos de estudio y de interés para la sociología.

Las montañas del sur del Perú produjeron un nuevo sentimiento, un localismo y un color local en cada paisaje. Así hubo en la colonia, a veces con sentimientos egoístas, con ribetes de egoísmo xenófobo, casi feudal, un arequipeñismo y un cuzqueñismo, cuando estas ciudades apenas estaban separadas por unas leguas y cuando en sus pobladores blancos y aun indios había homogeneidad de raza entre sus respectivos núcleos.